

## ANTICLERICALISMO Y POLITICA

# LA SEMANA TRAGICA

Convertidos para la mentalidad conservadora en símbolo del desorden de toda una época, los sucesos de la última semana de julio de 1909, conocida universalmente por la Semana Trágica, no habían merecido sino una atención marginal por la historiografía española. Por lo demás, no era sino uno más de los vacíos existentes en nuestro conocimiento de la España contemporánea, pero resultaba especialmente sensible, dado el grado de utilización ideológica de los hechos y de los símbolos surgidos de ellos. Vicens Vives lo subrayó en uno de sus últimos escritos. Hasta el punto de constituir uno de los contados casos en que cree que se puede hablar con algún sentido de una polarización en "dos Españas". Para unos, cabía hablar incluso de satanismo como única posibilidad de explicar los incendios masivos de conventos y escuelas católicas en Barcelona, y en cuanto a la reacción interior e internacional ante la represión y, especialmente, ante la condena y muerte de Ferrer, constituía el mejor ejemplo de la soledad heroica de España ante el ataque combinado de sus enemigos de dentro y de fuera. Para otros, pasando por alto la trágica experiencia del incendiario, quedaba en pie la conducta gubernamental tras los hechos, y la muerte de Ferrer, como símbolo de la permanencia de una actuación inquisitorial en los grupos dominantes de la sociedad española. Con los procesos de Montjuich, la ejecución de Ferrer venía a enlazar en la conciencia izquierdista con la tradición negra, iniciada en los momentos finales del siglo XV. Si la gravedad de la crisis pudo ser ya expresada por el propio Rey Alfonso XIII, al explicar su retirada de la confianza a Maura, en octubre del mismo año, por no poder prevalecer contra la mayoría del país, las consecuencias a largo plazo serían aún más importantes, y no sólo por lo que la crisis de 1909 significará en lo sucesivo para la viabilidad del maurismo o el prestigio de la enseñanza racionalista.

El libro de Joan Connelly Ullman, *La Semana Trágica* (del que publicamos a continuación un fragmento), que acaba de editar Ariel, tiende a devolver los sucesos a su contexto: la evolución social y política de Cataluña en



Construcción de una barricada por hombres, mujeres y niños: la huelga es ya insurrección.

### JOAN CONNELLY ULLMAN

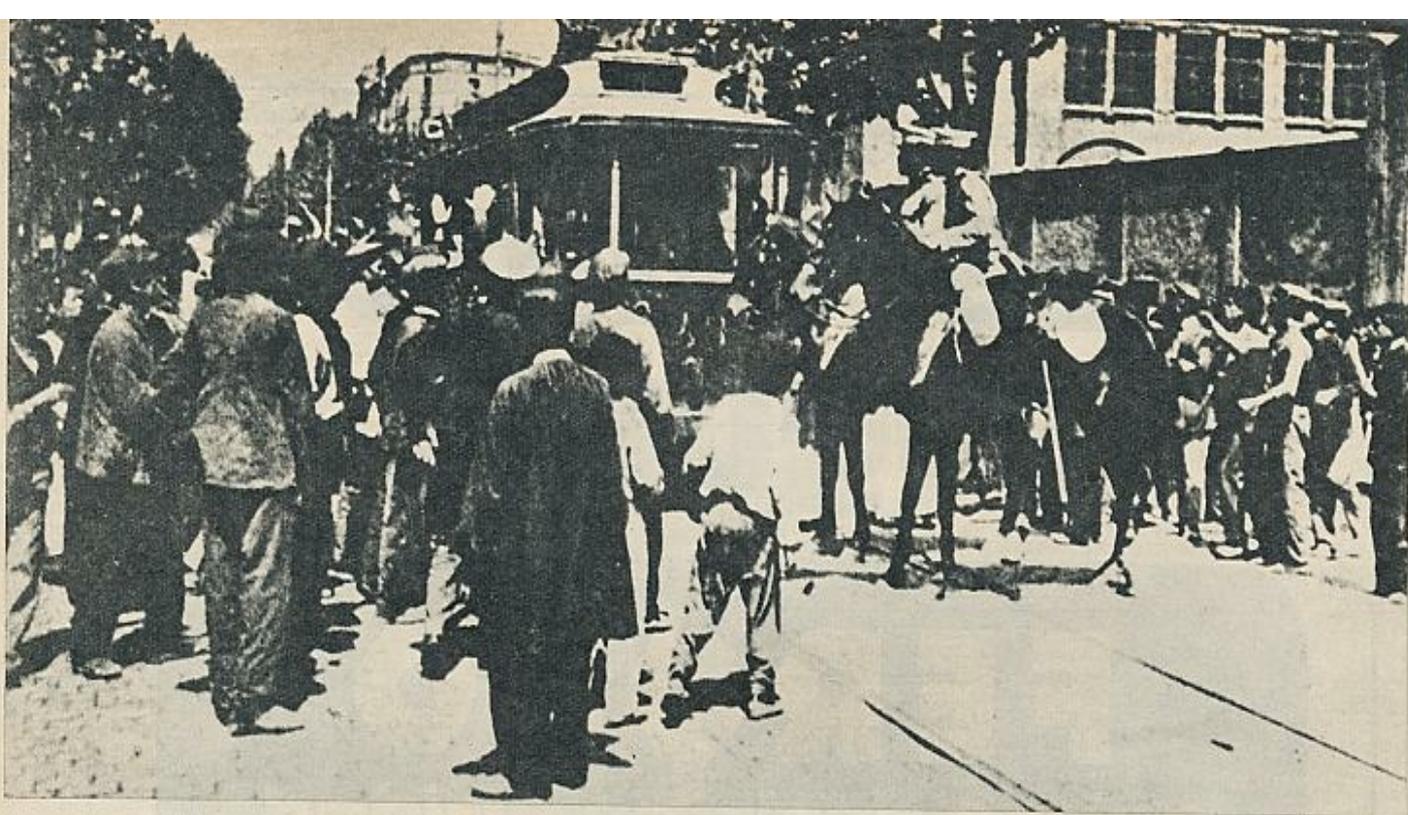
la primera década del siglo. Tal vez, el subtítulo sea algo engañoso: "Estudio sobre las causas socioeconómicas del anticlericalismo en España (1898-1912)". Al margen de la insuficiencia que señala la fecha de arranque, las alusiones a los orígenes del tema constituyen uno de los pocos sectores endebles de la obra. Naturalmente, estamos lejos del planteamiento mitológico que, al aludir a la función del clero en los orígenes de la España contemporánea mostraban Bécarud y Lapouge en sus libros sobre los anarquistas españoles. Es más, el primer capítulo del libro de Connelly Ullman, "El problema clerical y los políticos", constituye por sí mismo una aportación de primer orden al conocimiento de las relaciones entre Iglesia y sociedad española en el cambio de siglo. Simplemente queremos señalar que el arranque de la cuestión es muy anterior, y se remon-

ta a la posición social y económica de la Iglesia en la fase final del antiguo régimen y al conflicto suscitado con la revolución liberal y la política desamortizadora: la vuelta atrás hubiera sido especialmente útil para contrastar las imágenes anticlericales vigentes desde sus orígenes entre nuestro pensamiento democrático —distinguiéndose siempre clero y cristianismo—, con la respuesta de 1900 al "nuevo clericalismo", cuya existencia subraya Connelly Ullman. Así, podría reducirse a una formulación histórica la generalización inicial sobre el anticlericalismo como fuerza latente en toda sociedad católica.

Con todo, la objeción anterior no afecta en absoluto al rigor del estudio de Connelly Ullman, que acierta desde un comienzo al considerar el análisis del funcionamiento de la Iglesia como institución social en un momento his-

tórico dado, para comprender la génesis de la conciencia anticlerical. "... Debemos contemplar el anticlericalismo —escribe la autora— dentro del contexto de las tres formas en que la Iglesia afectaba a la vida secular en España. La primera era la creencia, casi mítica en su contenido, de la omnipotencia clerical en los asuntos nacionales, producto del singular papel de la Iglesia en la historia de España. La segunda era el papel primordial que desempeñaba la Iglesia tanto en el sistema público de escuelas como en el privado, producto de los ineficaces controles del Gobierno y de una Iglesia firme, protegida por el Concordato de 1851. Finalmente, había que contar con la necesidad del clero de sostenerse y financiar sus actividades en una sociedad industrial urbana.

A partir de ese planteamiento, los sucesivos análisis que efectúa



La protesta contra la guerra de Marruecos se convierte en huelga general. Los manifestantes bloquean los tranvías.

Connelly Ullman sobre la aparición del anticlericalismo en la política liberal hacia 1901-1902, el giro dado por el gobierno Maura, catalanismo y radicalismo, y organización obrera, constituyen un modelo de reconstrucción de una perspectiva global sobre un tratamiento exhaustivo de las fuentes. Es, en este aspecto, sensible la distancia que separa la edición actual de *La Semana Trágica* de la versión inglesa previa, *The Tragic Week (A Study of Anticlericalism in Spain, 1875-1912)*, que publicó en 1968 la Harvard University Press. No sólo se ha tratado de un incremento cuantitativo de un 50 por 100 aproximadamente en el texto de una a otra edición, sino que este crecimiento ha servido para perfilar una serie de capítulos —como el relativo al lerrouxismo o el que concreta el proceso fundacional de *Solidaridad Obrera*—, hasta el punto de convertirlos en las me-

jores monografías disponibles para el lector español sobre los respectivos temas. Connelly Ullman ha completado el análisis de la literatura escrita del periodo con fuentes inéditas, como las "Memorias del socialista Fabra Ribas" o, en otro orden de cosas, la tesis de Romero Maura sobre la primera fase del anarquismo español. La incidencia de la reelaboración llevada a cabo por Connelly Ullman es especialmente importante en este último punto: las diez páginas originales del capítulo La lucha por las masas son ahora cuarenta y cinco, integrando —queremos insistir en ello— un estudio ejemplar sobre el anarcosindicalismo español del periodo, cubierto hasta ahora sólo por las síntesis insuficientes de Pestaña, Buenacasa y Abad de Santillán.

El análisis previo de las organizaciones políticas y sindicales de Cataluña en la primera década

del siglo hace así inteligible la dinámica del conflicto de 1909, cuya crónica restablece asimismo Connelly Ullman con suma minuciosidad. Un material fotográfico complementario, de calidad excepcional, procedente en buena medida del archivo de J. Argullós, lejos de las habituales ilustraciones, que sólo sirven para hacer más atractivo y caro el producto de consumo cultural, realza el rigor expositivo de la narración. La distribución de papeles en la crisis (la acción obrera y la desviación introducida en la misma por los radicales, la actuación socialista, las posiciones de autoridades civiles y militares, hasta la personalización en la figura de Ferrer de la vuelta al orden y la represión) queda perfectamente delimitada. Precisión historiográfica, en cuya estimación hemos de coincidir con la propia autora: "Durante el medio siglo largo que ha transcurrido desde la ejecu-

ción de Ferrer, los políticos e historiadores españoles han hecho pocos intentos de aclarar los detalles de su carrera o de su actuación en Barcelona en julio del año 1909. Perdida su identidad como hecho histórico, la sentencia de Ferrer ha servido de 'slogan' para cada una de las 'dos Españas', sentencia que ha sido defendida por los abogados del statu quo y atacada por los reformistas".

Dentro del cuadro de publicaciones recientes sobre la historia española contemporánea, la cuidada edición que ha realizado Ariel de *La Semana Trágica*, de Joan Connelly Ullman, entraña, pues, una aportación excepcional. ■ ANTONIO ELORZA (1).

(1) Han sido suprimidas las notas correspondientes al fragmento que aquí publicamos del libro de Joan Connelly Ullman.



Tumba de Francisco Ferrer.

EL 26 de julio de 1909 se inició una huelga general en las ciudades industriales de Cataluña, como protesta contra la guerra, que desembocó en cinco días de quema de conventos. Este es el hecho principal de la Semana Trágica. El corolario ilustra la cuestión crítica en la política española: esta insurrección no condujo a ninguna reforma política, ni siquiera a una legislación que controlara las actividades fiscales y educativas del clero. La revuelta anticlerical había servido exclusivamente para disipar un movimiento potencialmente revolucionario.

En este contexto no se considera al anticlericalismo como una cuestión religiosa, ni siquiera como asunto que concierna a la Iglesia católica como tal. El Concilio Vaticano II demostró lo que protestantes como John Bennett, ex presidente del Union Theological Seminary, de Nueva York, habían estado afirmando durante años, es decir, que no es «la Iglesia romana monolítica, construida en cierto modo según las líneas del imperio stalinista, y controlada desde el Vaticano». El carácter de la Iglesia en cada país viene determinado por su relación dinámica con la sociedad: por la forma en que los seglares conciben y llevan a cabo sus obligaciones religiosas y por la forma en que el clero nacional interpreta sus deberes. El estado confesional de España, cuestión tan frecuentemente

# Estamos seguros

## FERODO\*

quiere decir seguridad  
en materiales de fricción

**Por algo FERODO  
ha dado nombre  
a zapatas y pastillas  
de freno.**

Todos queremos ir "sobre seguro". Sobre todo si vamos en automóvil y dependemos de los frenos.

FERODO ha representado siempre la mayor seguridad en materiales de fricción: pastillas para frenos de disco, zapatas para frenos de tambor y forros de embrague.

FERODO es la primera marca mundial (marca registrada) que por su calidad, eficacia y seguridad ha dado nombre a las zapatas y pastillas de freno.



\* FERODO; máxima calidad en Pastillas para frenos de disco, Zapatas para frenos de tambor y Guarniciones para embragues.

FERODO ESPAÑOLA, S. A.  
Miguel Yuste, 35 - Madrid, 17

**Es muy importante que su coche lleve "ferodos" que sean FERODO.**

# LA SEMANA TRAGICA

debatida en la historia moderna, es el producto de una sutil fusión de los preceptos de la Iglesia y de la sociedad ibérica.

En la forja de la unidad nacional y en el establecimiento de un imperio, la Iglesia católica desempeñó en España un papel grande y creativo. Pero los acontecimientos acaecidos desde fines del siglo XVI contribuyeron a hacer de la Iglesia un instrumento de la autoridad estatal. Puede aducirse que el Estado se benefició de ello más que la propia Iglesia, y que el clero ha subordinado con harta frecuencia sus obligaciones espirituales a su función política; hoy día, sin embargo, hay indicios de que en el futuro el clero desempeñará un papel dinámico en la reorganización del poder social en España. Pero en 1909 la mayor parte del clero —y de las llamadas *fuerzas vivas*— consideraban a la Iglesia como la piedra angular del orden establecido, y la defendieron en la política tal y como estaba constituida.

En una forma sutil, los incendiarios de la Semana Trágica desempeñaron la misma función política al transformar la protesta espontánea y popular en un ataque a los conventos; como dijo claramente un editorialista un año después de los sucesos, los radicales sirvieron, por este medio, «de puntal para el mantenimiento de las instituciones». El líder obrero catalán Joaquín Maurín fue aún más explícito: «El lerrouxiismo derivó la protesta popular hacia la quema de iglesias y conventos para dejar intactos los verdaderos fundamentos del régimen».

## La cronología de la Semana Trágica

El impulso motor de la huelga general —la causa que unía a hombres de todas las clases sociales— no era el anticlericalismo. Era la impopular guerra de Marruecos, que no servía a ningún interés nacional, y la decisión del gobierno Maura de llamar a filas a soldados reservistas, perpetuando la injusticia de obligar a combatir sólo a los obreros. En este sentido tenían razón el gobernador civil Ossorio y otros funcionarios del Gobierno al descubrir la huelga general y los acontecimientos del lunes 26 de julio como un movimiento improvisado y espontáneo.

El martes 27 de julio comenzaron a arder los conventos, se levantaron barricadas y se inició la lucha en las calles. Semejantes actividades presuponian el recurso a una organización de masas. Los socialistas constituían una pequeña facción, los anarquistas eran un grupo aislado. Tan sólo los radicales disponían de un enorme número de miembros obreros en la ciudad y en la provincia —miembros obtenidos en gran parte por la promesa de Alejandro Lerroux de preparar una «revolución social». El 27 de julio los obreros obligaron a los di-

rigentes del partido a poner en práctica los planes anunciados desde hacía tantos años, o, por lo menos, así pareció cuando los líderes radicales consintieron por fin en la quema de conventos, misteriosa pero eficazmente organizada por el elemento extremista de la Juventud Radical y de la Casa del Pueblo.

El incendiario, para hombres como Ferrer, y para aquellos anarquistas y extremistas radicales con quienes había colaborado durante tanto tiempo, constituía el primer paso para una revolución en España. Fue necesario —dijo Ferrer, según cierta fuente— «el levantamiento de este pueblo (Masnou) por el incendio y la destrucción de lo que representase religión y autoridad». Durante el año anterior, Ferrer y sus colaboradores habían tratado de preparar una situación revolucionaria a través de medios artificiales: huelga general pro presos de Alcalá del Valle. La protesta contra la guerra de Marruecos les proporcionó una ocasión muchísimo mejor para llevar a cabo una huelga revolucionaria. Pero para los dirigentes radicales la quema de conventos era un fin en sí misma (cuanto más después de enterarse, el jueves de la Semana Trágica, que ninguna otra ciudad fuera de Cataluña había secundado la protesta contra la guerra).

Por ello, durante la semana del 26 de julio de 1909, de todos los símbolos de la autoridad y del capitalismo sólo fueron atacados iglesias y conventos. A pesar de que el levantamiento se había iniciado como protesta contra la guerra, no fue atacada ninguna guarnición militar. Pese a la depresión económica, ni Bancos, ni fábricas, ni las casas de los ricos industriales fueron incendiadas; ni siquiera la fábrica de Rusiñol, que había opuesto el «lock-out» a los obreros.

Una razón obvia que explica el

ataque a los conventos es que éstos eran los más vulnerables de todos los edificios públicos: los cuarteles, las oficinas públicas, los Bancos y las estaciones de ferrocarril eran, por su misma naturaleza, mucho más fáciles de defender. Pero la cuestión clave no es ésta, sino el que las autoridades no situaran policías de vigilancia que compensara esta falta de protección natural, como lo hacían en los Bancos, establecimientos de crédito y joyerías. Esta decisión de no emplear la fuerza de policía disponible para custodiar la propiedad religiosa lleva aparejado un juicio de valor.

Los conventos quedaron, pues, completamente indefensos: los empleados de los Bancos y los dueños de las joyerías podían, de haber sido necesario, utilizar las armas para defender su propiedad, mientras que la mayoría del clero no poseía armas y en los pocos casos en que trató de utilizarlas en defensa propia —como en el caso de los maristas— excitó los ánimos y provocó un ataque armado.

Por lo tanto, las órdenes religiosas carecían de medios para repeler un ataque de los incendiarios. Además, incluso después de iniciado el ataque, ni los oficiales del Ejército ni los ciudadanos responsables vinieron a ayudarles. Ambos condescendieron con el incendiario una vez iniciado por temor o por incapacidad para restablecer el orden, o porque simpatizaban secretamente con el proyecto. Juan Caballé, un diputado republicano catalán moderado, explicó que las clases acomodadas saludaron tal cosa «como una medida de higienización» porque el excesivo número de conventos en Barcelona y sus suburbios constituían «ya una epidemia que nos asfixia y nos amenaza de próxima y terrible muerte». El incendiario no causó si quiera daño material permanente

a la Iglesia; en el plazo de un año habían sido reconstruidos la mayoría de los establecimientos religiosos incendiados.

¿Por qué los extremistas radicales concentraron el levantamiento casi exclusivamente en la quema de iglesias y conventos? La respuesta puede ser sencillamente que consideraron el incendiario como un medio de dispersar el fervor revolucionario que ellos mismos habían cultivado a través de la propaganda anticlerical; ello era preciso con el fin de proteger la posición del Partido Radical dentro del régimen establecido.

Es también posible, como sostuvieron algunos de sus oponentes republicanos, que los dirigentes radicales actuaran en colaboración con las autoridades del Gobierno y precipitaran deliberadamente una huelga general en Barcelona antes de que los socialistas tuvieran tiempo de organizar una huelga general a escala nacional. Un editorial aparecido en *La Publicidad*, de Barcelona, el 9 de julio de 1910, se lamentaba de que el líder del Partido Socialista, Pablo Iglesias, hubiera carecido de la documentación para demostrar esta acusación durante el debate en las Cortes. Fuese deliberada o inadvertidamente, el efecto fue el mismo: precipitar la huelga en Barcelona significaba privar de fuerza a la potencial protesta obrera nacional y justificar el recurso a la fuerza por parte del Gobierno. Además, permitía a La Cierva desacreditar la protesta, tachándola de movimiento separatista catalán, y así aislarla de otro apoyo obrero.

Existe todavía otra explicación posible para las motivaciones radicales. Desde el momento en que Lerroux llegó por primera vez a Barcelona, los líderes obreros habían sospechado de él que recibía subvenciones de patronos, y le acusaron de tratar de quebrar la

Incendio de las Escuelas Pías. Los espectadores, pasivos ante el espectáculo.



# 30 AÑOS NO SE IMPROVISAN

NUESTRA CALIDAD  
YA HA CUMPLIDO 30 AÑOS

Hay cosas que no se hacen de la noche a la mañana. Por ejemplo, una gran familia de productos lácteos como la de RAM. Son necesarios años de esfuerzo y dedicación. Paso a paso, nos hemos ido desarrollando y mejorando al ritmo del país, para nuestros crecientes consumidores. Y así seguiremos. Sólo algo ha permanecido invariable durante estos 30 años: la reconocida calidad de nuestros productos. Hoy, ya somos «mayores de edad».

## RAM

sigue aumentando  
su gran familia  
de productos lácteos.



LECHE  
**RAM**  
CONCENTRADA  
PASTERIZADA



CONSERVESE EN  
FRIGORÍFICO

*La Industria Española S.A.*

batu  
**RAM**  
CACAO

LECHE  
ESTERILIZADA  
**RAM**

LECHE  
DESCREMADA  
**RAM**  
*Naturaleza Española*

LECHE  
**RAM**  
ESTERILIZADA  
ASEPTICA  
HOMOGENEIZADA

**RAM**

**RAM**

**RAM**

**RAM**  
MERECE  
SU  
CONFIANZA  
30 AÑOS  
PESAN MUCHO

CONTROL  
REGLAMENTARIO  
DE SANIDAD

**RAM**  
MANTEQUILLA  
BUTTER  
**RAM**  
MANTEQUILLA

# LA SEMANA TRAGICA

potencia del movimiento obrero. En el mes inmediatamente anterior a la Semana Trágica, los líderes socialistas y obreros de Solidaridad Obrera prepararon una huelga general de trabajadores textiles, como protesta contra el «lock-out» organizado por los industriales más importantes; este «lock-out» continuó durante todo el otoño de 1909, pero, dado que el Gobierno había cerrado tanto los centros obreros como sus periódicos, los trabajadores pocas satisfacciones podían esperar. Parece más que mera coincidencia que la huelga general de 1909, como la de 1902, sucediera en un momento en que los industriales textiles necesitaban reducir costes laborales, proyecto que requería necesariamente la restricción o represión del movimiento obrero. Cuando el funcionario del Departamento de Comercio de los Estados Unidos, varias veces citado, visitó las fábricas catalanas en 1911, los dueños le aseguraron que no habían tenido ningún problema obrero, sino sólo las dificultades lógicas al ajustar la economía a las nuevas condiciones. En este informe sobre la industria textil algodonera no se mencionan para nada los hechos de la Semana Trágica.

Tanto si los extremistas radicales actuaron por su cuenta como si lo hicieron bajo instrucciones, el resultado fue el mismo: la quema de conventos sirvió como válvula de escape para una sociedad en tensión. Esto nos remite otra vez a la cuestión fundamental de por qué el anticlericalismo sirvió durante aquella década para distraer la atención de otros y quizá más graves problemas, tales como la crisis industrial o el poder creciente de los oficiales del Ejército. Por qué en 1909 sirvió de escape automático y relativamente inocuo para una fuerza potencialmente revolucionaria? Para aquellos que se preocupan por la misión pastoral de la Iglesia y para los que temen la posibilidad de desórdenes futuros que puedan provenir del anticlericalismo, un análisis de la Semana Trágica puede ayudarles para aclarar las condiciones que permitieron al anticlericalismo llevar a cabo su función en la sociedad española.

## Los objetivos del incendiario

Las causas de la hostilidad de los obreros hacia el clero quedan claramente reveladas en los tipos de establecimientos religiosos incendiados durante la Semana Trágica, establecimientos que simbolizan los medios de que echó mano el clero para mantenerse y para financiar sus actividades en la sociedad urbana industrial del siglo XX. Todo esto llevó al clero, y sobre todo al regular, a un conflicto abierto con los obreros, quienes o estaban resentidos por tener que pagar los servicios prestados en estos

establecimientos o, sencillamente, les desagradaba cualquier actividad crematística de una institución religiosa. Este conflicto muy real vino a complicarse por la retórica, ya que el clero no intentó defenderse alegando sus necesidades en la nueva sociedad

urbana, sino que lo hizo en términos de su papel histórico en la España feudal o imperial.

Las causas específicas del antagonismo obrero se indican en el siguiente resumen de instituciones religiosas destruidas durante la Semana Trágica.

Tipo de institución	Número destruido
Escuelas ... ..	24
Escuelas en iglesias parroquiales o en instituciones benéficas.	4
Escuelas en fundaciones para obreros ... ..	2
Centros administrativos de órdenes religiosas de varones dedicadas a la enseñanza ... ..	3
<b>Total ... ..</b>	<b>33</b>
Iglesias parroquiales (la mayoría con escuelas o con círculos de obreros) ... ..	14
Instituciones benéficas (orfanatos, asilos para ancianos, correccionales) ... ..	11
Residencias religiosas masculinas (seminario incluido) ...	8
Conventos de órdenes contemplativas (de clausura) ... ..	8
Fundaciones obreras católicas (círculos obreros) ... ..	6
<b>Total absoluto ... ..</b>	<b>80</b>

La destrucción de instituciones dedicadas a la enseñanza fue el objetivo principal. Los obreros no sólo creían que el clero obtenía un beneficio con sus escuelas, sino que las consideraban como un obstáculo para el desarrollo de un sistema escolar público libre. «La especulación de la enseñanza», había dicho Canalejas al lanzar su batalla contra el clericalismo en diciembre del año 1900, es, «a las veces, una gran función social, y a las veces, una gran empresa industrial». Portavoces obreros clarividentes, como, por ejemplo, el socialista José Comaposada, declararon que las ideas inculcadas en las escuelas católicas eran antitéticas para la causa de los derechos obreros. Los obreros «saben —escribió Comaposada en 1909— que cada convento es un centro de perpetua conspiración contra todo principio de democracia, contra toda idea de libertad y toda aspiración de progreso».

El ataque a las órdenes contemplativas lo impulsó una curiosidad macabra sobre la vida dentro del claustro, agudizada por algunas obras de teatro muy populares. Los incendiarios se deleitaron especialmente en la misteriosa habitación del convento de las monjas agustinas. Se consideraba a estas órdenes como excepcionalmente ricas, opinión basada, sobre todo, en que las monjas no desempeñaban ningún servicio pagado; de hecho, la búsqueda de valores y dinero en metálico sólo fue relativamente eficaz en los conventos de las jerónimas y capuchinas. Finalmente, el antagonismo hacia las órdenes contemplativas era indicativo de otra constante en el anticlericalismo, la creciente desgana de un mundo secular a admitir la necesidad de instituciones netamente dedicadas a las prácticas espirituales.

Los incendiarios atacaron los círculos obreros católicos por ra-

zones más concretas: porque los consideraban como centro de reclutamiento de esquiroleros, o simplemente como un medio de atraer obreros de los centros republicanos y socialistas, prometiéndoles seguros. En 1909, sus miembros no defendieron estos círculos, haciendo buena la tesis de unos pocos sacerdotes y seglares previsores de que los obreros no sentían ninguna lealtad hacia estas instituciones amparadas por los patronos. «Hemos fracasado», decía el padre Vicent, el fundador en 1912, a punto de morir. Después de la Semana Trágica, los patronos se negaron a financiar nuevos círculos obreros, pero tampoco se prestaron a promover la organización de sindicatos católicos. El movimiento obrero católico no fue más que una organización débil, descuidada por el clero, quien perdió así una oportunidad más para llegar hasta el obrero de la ciudad.

Algunos de estos círculos obreros habían estado situados en las catorce iglesias parroquiales, ubicadas en distritos pobres, que fueron destruidas por completo o en parte durante la Semana Trágica. Estos templos sirvieron también como agencias para la distribución de ayuda al indigente y proporcionaron clases nocturnas a los obreros. En estas actividades como centros comunitarios, las iglesias parroquiales competían con los centros vecinos del Partido Radical, que proporcionaban los mismos servicios.

Las instituciones de beneficencia constituyeron el tercer gran grupo de centros atacados. Estos asilos, como las escuelas, eran el eje de la disputa entre el clero y los políticos radicales sobre cómo debía atender el Estado español las demandas de una población urbana que clamaba por el aumento de tales servicios. Entre subvencionar a las órdenes religiosas o emplear seglares en instituciones

públicas, los radicales —siempre deseosos de extender su patronazgo— preferían con mucho la segunda alternativa.

El resentimiento obrero hacia las instituciones clericales de beneficencia vino a reforzar la apatía de aumentar el número de puestos burocráticos que tenían los republicanos de la clase media. A estos les desagradaba la hipocresía descarada y la explotación de la caridad para obtener beneficios, como los que se derivaban de obligar a asilados o a huérfanos a elaborar artículos para la venta. Además, estas empresas clericales privaban a los obreros de empleo, indirectamente, por competir con los negociantes seglares (quienes así daban empleo a menor número de obreros o les pagaban menos, con el fin de competir con las empresas del clero), y directamente, realizando servicios más baratos, como, por ejemplo, lavado y cosido, trabajos practicados con frecuencia por las esposas de los obreros, con el fin de procurarse un ingreso extra. En resumen, los obreros tendían a considerar al clero simplemente como comerciantes, que competían en condiciones privilegiadas.

Desde el punto de vista clerical, la cuestión era totalmente distinta. En esta década de subida de precios, el clero, particularmente el que se ocupaba de los pobres, tenía que aumentar sus fuentes de ingreso tradicionales: intereses de los capitales constituidos por las dotes de sus miembros, diversas subvenciones gubernamentales y las limosnas de los fieles. Para muchas órdenes esto implicaba sólo actividades a pequeña escala (confites y bordados), mientras otras pocas órdenes (como maristas y jesuitas) disponían del capital necesario para llevar a cabo empresas más ambiciosas. Aunque la cifra no ha sido nunca demostrada, se dijo que la suma de capital del clero en esta época constituía un tercio del capital total de España.

Estos factores económicos constituyeron la base de la convicción obrera de que las órdenes religiosas y los grandes capitalistas estaban estrechamente unidos, y sirvieron para la identificación popular del clericalismo con el capitalismo. En 1909, Anselmo Lorenzo, portavoz del movimiento obrero español desde los tiempos de la Primera República, escribió que «la causa permanente del anticlericalismo entre los obreros era «la existencia del "trust" plutocrático-clerical», constituido en Cataluña por los industriales y los jesuitas: «chupa la sangre de los obreros y absorbe todas las riquezas producidas por el trabajo». Esta concentración del odio obrero del explotado hacia el explotador capitalista ha complicado la misión pastoral de la Iglesia desde el siglo XIX. A la larga, el éxito de esta misión dependió no sólo de la resolución de las dificultades institucionales de la Iglesia, sino del bienestar de la sociedad española. ■ J. C. U. Copyright ARIEL.